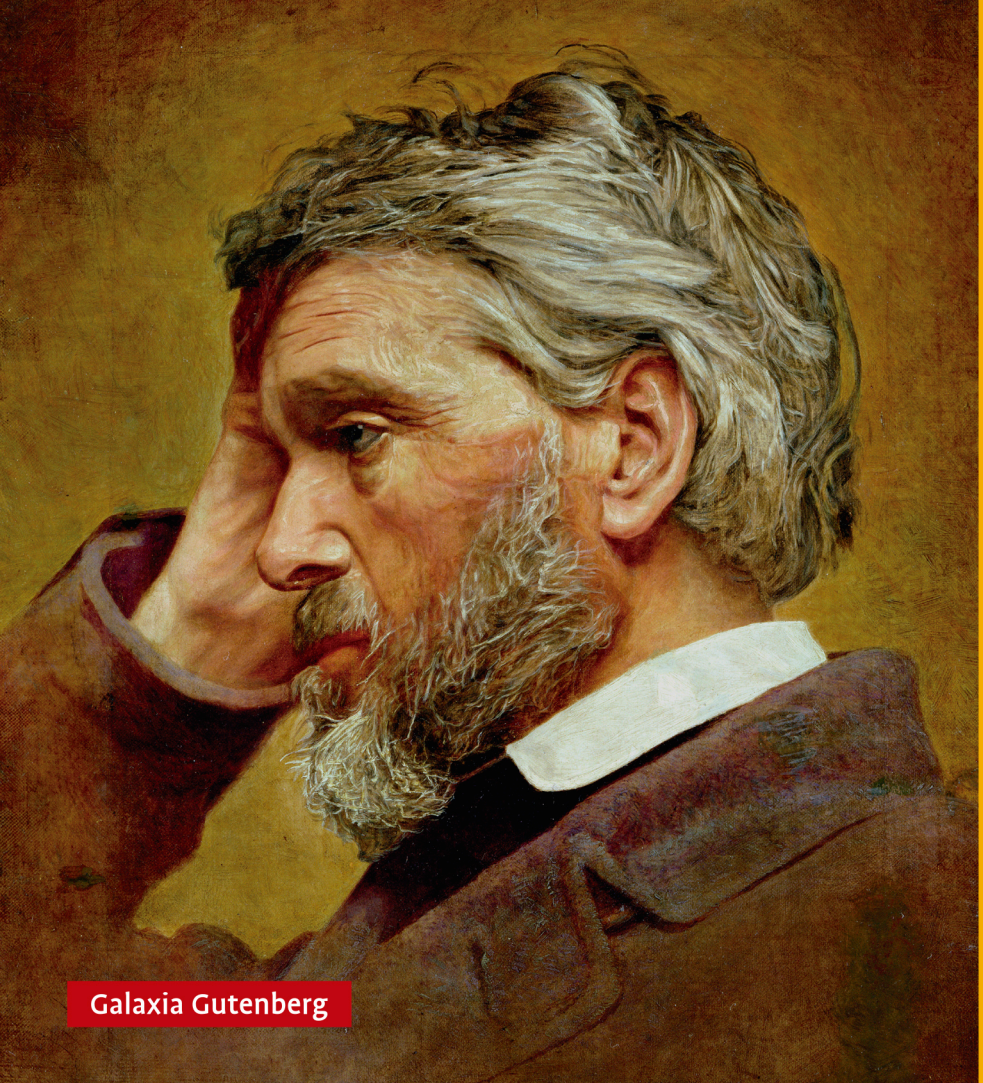
Luis Gonzalo Díez

Los vagabundos de la política

De la heterodoxia intelectual del siglo XIX a la ortodoxia ideológica del siglo XX



Galaxia Gutenberg

LUIS GONZALO DÍEZ

Los vagabundos de la política

De la heterodoxia intelectual del siglo XIX a la ortodoxia ideológica del siglo XX

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2025

© Luis Gonzalo Díez, 2025
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2025

Preimpresión: gama, sl
Impresión y encuadernación: Sagrafic
Depósito legal: B 3252-2025
ISBN: 978-84-10317-16-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para mi madre,
in memoriam

Índice

Prólogo. El valor de la autoría en la historia intelectual . . 11

Primera parte. Heterodoxia e imaginación en el siglo XIX

1. El gobierno mixto de la inteligencia política 19
2. Una moral espiritualizada para la sociedad moderna . 29
3. La democracia del deber 43
4. El fatalismo hedonista. 55
5. El individuo contra el Estado 73
6. El apostolado de la ciencia 85
7. El manifiesto científico de la tradición. 97
8. Un mundo artificial dentro del cosmos 115
9. Catecismos industriales (I) 127
10. Catecismos industriales (II). 149
11. Seis páginas de ironía 165
12. La destrucción de la sociedad 181

Segunda parte. Los príncipes de la ideología en el siglo XX

1. 1918: el Dios europeo rector de la política 201
2. Las explosivas relaciones entre cultura y poder (con el nazismo al fondo) 249

3. 1945: consenso sin guerra, solidaridad sin fanatismo . 295
4. Las contradicciones del anticapitalismo: entre la utopía política y la crítica cultural. 335
5. La quietud del trueno: más allá del ruido de la historia 373

Epílogo. El *momento posrevolucionario* de la historia contemporánea. 397

Bibliografía 417

Prólogo:
el valor de la autoría en la historia intelectual

El presente ensayo aspira a dar cuenta de las profundas diferencias entre los siglos XIX y XX, de cómo la civilización burguesa saltó literalmente por los aires a raíz de la Primera Guerra Mundial, dejando el vacío de aquel mundo de ayer captado por la evocación elegiaca de Stefan Zweig. A fin de entender la densidad de semejante vacío, las dos orillas que lo circundan, su condición de encrucijada ideológica, la primera parte del libro se centra en el espíritu humanista de la civilización burguesa, en la inteligencia política del siglo XIX, en la manera en que la intelectualidad de ese siglo tramitó la herencia revolucionaria con el objetivo de que dicha herencia no amenazase la supervivencia de la sociedad y las novedades del progreso pudiesen reconducirse a un punto de estabilidad y equilibrio. La segunda parte del libro confronta el proyecto posrevolucionario de la civilización burguesa, en el que convergen una serie de presupuestos sobre las condiciones mínimas de la vida social compartidos por autores de diverso signo ideológico, con los perfiles históricos del mundo surgido de las ruinas de la Gran Guerra. Un mundo donde, como veremos, las seguridades y certezas humanistas del siglo XIX serán engullidas por las pasiones revolucionarias de los vagabundos de la política, estirpe intelectual que, a diferencia de la del siglo anterior, no tendrá por objetivo concluir el ciclo de la revolución y poner las bases de un orden posrevolucionario, sino reavivar aquel ciclo aunque ello ocasionase un colapso civilizatorio.

Mi estrategia para apurar el sentido de las diferencias entre el siglo XIX y el XX se basa en la propuesta de una muy personal, in-

terpretativa y selectiva historia de las ideas. Esta constituye un género historiográfico que atribuye un papel fundamental a la *autoría intelectual*. Me interesan los autores en su sentido más creativo e imaginativo y, también, más humano y falible; como verdaderos protagonistas de la conciencia de un tiempo histórico. Los textos no son escritos por la providencia, las estructuras sociales ni las leyes de la historia, sino por hombres concretos, formados en determinadas tradiciones intelectuales, con una biografía única y singular, con unas obsesiones, aspiraciones y limitaciones que son las suyas y que, aunque se parezcan a otras, son irreproducibles en un lenguaje ajeno al de cada autor. Llegar a captar su *voz*, en lo que esta tiene de intransferible, constituye el mayor aliciente de las páginas que siguen y la vara con que sondear el abismo histórico que separa al XIX del XX.

Más aún que dejar constancia del contraste ideológico entre ambos siglos y de las implicaciones que tal contraste entraña para el concepto contemporáneo de la política, pues en este ensayo las ideas se miden por su relación con la *cosa pública*, quisiera que la salida de cada autor a escena haga posible asistir a la forma en que su circunstancia se modula en su conciencia. Es decir, haga posible ver, en vivo y en directo, el funcionamiento de ese mecanismo en virtud del cual un intelectual, antes que ser un espejo de su tiempo, transforma su tiempo en un avatar de su espíritu. En este sentido, la noción de *presente histórico* constituiría una emanación personalísima de los autores, de la razón y las pasiones de estos, en la que se halla involucrada la totalidad de su ser, siendo, como tal presente, inseparable de la forma en que fue pensado e interpretado por aquellos. Y aunque este pensamiento e interpretación no agote la realidad de cada circunstancia de la actualidad, una parte fundamental de esta pertenece a la conciencia de los autores que produjeron su sentido. De ahí que las diferencias intelectuales entre los siglos XIX y XX sean, en gran medida, diferencias que atañen al carácter y temperamento de los pensadores en que dichas diferencias se sustancian, lo que convierte a este libro en una exploración de una serie de *moralidades políticas*.

Meternos en la cabeza del intelectual contemporáneo, sin dar a esta categoría otro valor que el de alguien que se esfuerza por pensar públicamente su propio tiempo, es introducirnos en una de las principales salas de máquinas de los siglos XIX y XX. En ese taller se producirían alquimias dialécticas donde cada autor expresa no tanto su realidad como los significados que esa realidad ha impreso en su espíritu, la campana de cristal en que su presente se ha transfigurado en su conciencia. Esta apropiación mental del presente se vincula con la *red* arrojada al mundo, lo cual deja abierta la cuestión de si su propia condición idiosincrásica hace que semejante aparejo diga más sobre el *pescador* que lo utiliza que sobre los *peces* capturados, sobre el *quién* que sobre el *qué*. Pues, al fin, la historia versa siempre sobre quien la cuenta, y el espejo proyectado por el intelectual a su circunstancia termina captando, antes que dicha circunstancia, una imagen especular de sí mismo que, por la tensión entre mundo y yo de que se nutre, posee un valor histórico indiscutible como autógrafo de una época.

La empatía con los autores es fundamental en una propuesta como la de este libro, lo que no significa evitar criticarlos cuando proceda o dejar de señalar las contradicciones en que caen. Significa que, incluso en la crítica o en el señalamiento de contradicciones, uno debe haberse mimetizado con el estilo y las *mores* del pensador estudiado a fin de que el retrato de este no resulte mecánico, sino orgánico. Creo en la totalidad de la autoría intelectual, es decir, no creo en la compartimentación analítica de los autores, en su despiece, pues se encuentran de cuerpo entero en todo lo que escriben. Este presupuesto no viene al caso justificarlo según abstrusos criterios metodológicos. Sólo puedo decir al respecto que, cuando leo un texto, o veo a quien lo ha escrito en mi cabeza de cuerpo entero, con toda su alma irradiando tras cada una de sus palabras hasta configurar una voz nítida y perfilada, o el placer de la lectura y el aliciente de la investigación se derrumban y me quedo ciego y mudo. El golpe del asombro me lo propina siempre la voz del autor, no una de sus cuerdas vocales.

A los pensadores hay que creérselos para llegar a decir algo sobre ellos que merezca la pena, lo cual significa, parafraseando a Herder, que cada intelectual tiene en sí mismo su propio centro de explicación, un *nous* característico que debe ser tenido siempre en cuenta si no queremos dar una versión estereotipada de sus ideas. Y cuando uno se los cree y tiene la cortesía de reconocer la verosimilitud de los mundos alumbrados por su conciencia e imaginación, por mucho que nos repela dicha verosimilitud al situarse en las antípodas ideológicas de nuestras opiniones, puede realizar hallazgos que justifican sobradamente el tiempo y esfuerzo dedicados. La historia de las ideas, como la novela, es un callejón habitado por gente desconocida y es precisamente la comprensión de lo ajeno una de las mayores satisfacciones ofrecidas por la investigación.

En este ensayo de historia de las ideas sobre siglos y autores, circunstancias e idiosincrasias, acontecimientos y significados, vida y pensamiento vertebrado por la sima histórica que separa la realidad política de los siglos XIX y XX, las virtudes restauradoras del primero de las pasiones revolucionarias del segundo, he asediado a una serie de pensadores centrándome, en muchos casos, en un texto o algunos textos de la producción de cada uno de ellos que no se encuentran entre los más conocidos de dicha producción. Reconozco que no tengo nada nuevo que decir sobre *La democracia en América*, de Tocqueville, o *Ideología y utopía*, de Mannheim. Sin embargo, sí creo poder apuntar alguna idea original al ocuparme de la correspondencia entre Tocqueville y el conde de Gobineau o comentar los escritos de combate que Mannheim produjo en su exilio británico de los años cuarenta del siglo pasado y que tan bien captan el aroma de una época.

Estos textos no secundarios, sino menos conocidos de autores de los que todos hemos oído hablar constituyen otra de las infinitas oportunidades que brinda la historia de las ideas para no agotar nunca su campo de conocimiento. Y, por otro lado, confirmarían que un autor, cuando escribe, no sabe a ciencia cierta cuáles de sus textos terminarán siendo los más o los menos famosos, al

igual que lo más valioso de su obra, en más de una ocasión, se halla en los textos a los que el autor dio el calificativo de circunstanciales. Esta perspectiva no implica, lógicamente, renunciar a seguir leyendo e interpretando obras como *La democracia en América* o *Ideología y utopía*. Tan sólo es un aldabonazo para no cortar una rama del árbol y pensar que la rama cortada, por importante que sea, puede hacerse pasar por el árbol en su conjunto. A los autores conviene escucharlos hasta en sus escritos más *olvidados* con un oído absoluto.

Los textos, los autores tienen giros inesperados y, a veces, el diamante no se encuentra entre diamantes, sino entre cenizas. Me gustaría que el libro se leyese de esta manera, como *diamantes entre cenizas*, iluminaciones que surgen de la trastienda en que, después de todo un día despachando productos de primerísima calidad, el autor, bajo la luz de una vela, con el gorro de dormir puesto y la bata sucia de tinta, se relaja y da cuenta de todo aquello que, en su gran obra, aparece como una fortaleza escondida.

Haber llegado al corazón secreto de la vida intelectual de los siglos XIX y XX me parece una vana ilusión, pues la musa de la historia es esquiva como pocas. Pero haber tanteado la fortaleza y demostrado que las ideas tienen raíces que nos arrastran a mundos subterráneos desde los cuales cabe reescribir los caminos de la contemporaneidad una y otra vez siempre que no separemos las ideas de su fuente nutricia no creo que sea un objetivo descabellado.